

mundo objetivo de su interés con caricia paternal. Posee un gran rigor selectivo para incorporar las expresiones del lenguaje popular, lo hace objetivamente y con gusto de conocedor. Sus diez cuentos son limpios, livianos y recordables. «Afuerinos» nos parece el mejor y le auguramos un gran viaje por los antologías del futuro.—F. U.

https://doi.org/10.29393/At233-190NGLY10190

NORTE GRANDE, de *Andrés Sabella*

Poeta insumiso, sensibilidad disparada, con reflejos sombríos, Andrés Sabella ha querido volcarse en este libro, donde el desierto y su entraña salitrosa crean la tragedia de los hombres. No puede hablarse aquí de novela, de poema, ni de otra forma tradicional. En los últimos tiempos estamos asistiendo a la floración de un nuevo tipo de fruto literario, registrado con algún éxito en diversos países, lo que podría ser síntoma de desintegración de la forma normativa frente a los mandatos de una sensibilidad desbordante, de una realidad dispersa en apariencia y profundamente dramática en sus raíces. Tentativa de escape hacia un nuevo arquetipo, vital y directo. El argumento que canaliza la novela clásica, dándole una línea horizontal, de ritmo lento o caudaloso, cede ante la cambiante arremetida de la vida presente, recia y despiadada, presa en una gravitación tremenda que la priva en nuestros sentidos de continuidad, deteniéndola en línea vertical y conteniendo el tiempo en un presente de magnética y trágica combustión. Las decisivas captaciones de un Joyce, un Dos Pasos, un Huxley, nos acercan a la realidad de este tipo de novela concéntrica, en que el autor recoge en la medida y el tiempo necesarios, las porciones de materia universal que habrán de cumplir su cometido en esta nueva expresión del libro mágico. El tema novelesco deja de serlo frente a los elementos dominantes fuera y dentro del suje-

to pluralizado en espacio y tiempo. Ambiente físico o espiritual o ambos a la vez. Se mueven allí los personajes en número infinito o no, con su drama mínimo proyectándose en el espacio sideral de una humanidad sin plazo ni consigna. Nadie puede señalar normas, pues, en estos caminos inquietantes explorados por la novela. La superchería no es difícil señalarla, pues la sensibilidad del hombre actual puede en cualquier momento registrar la vibración de la obra verdadera. Esta forma de novela vertical podría relacionarse con las búsquedas de la nueva pintura — desde el cubismo al realismo mágico — en la cual los elementos del cuadro se ubican sin sujeción a una realidad comprensible, sino a una temperatura subconsciente, que se traduce en lirismo alcanzable al espectador cultivado.

«Norte Grande», tipo de novela concéntrica, se amasa con porciones documentales sobre la historia del salitre y de la pampa que lo contiene, con la tragedia física y moral del obrero y con sus tentativas de liberación social. La porción eje del libro ha cogido la médula y la sangre del escritor. El desierto arde allí quemando las raíces mismas del coraje, y las noches glaciales aprietan y aceran la entraña forastera. No hay en el libro otro dios y otro héroe sino la pampa implacable, a la cual se hermana el capital para atraer a legiones de hombres desesperados, que luego mueren roídos por la silicosis, las plagas venéreas y el alcohol, o fulminados por la metralla represiva de cualquier gobierno.

La fauna humana de nuestro país y de algunos vecinos, pone su pie en esta tierra de esperanza y de sangre y al cabo de algunos años sólo viven los que pueden escapar de la siniestra garra. El sol, el esfuerzo brutal de una faena mortífera, empujan a estos hombres sobre todos los espejismos. Desesperados intentos que se vuelcan en los abismos de la lujuria, de la idiotez alcohólica o de la demencia erótica. Nombres diversos, hombre y mujeres se mueven en encrucijadas decisivas y caen sobre el fondo hirviente de la vida predestinada.

Bastarían esos cuadros al rojo, que saltan con temblores de carne asesinada, para dignificar el libro: «El capote», «Los pulmones de Tirso Catoya», «La Chana», «Se lo está comiendo la panipa», «Cierta mañana, un enganche». Veamos esto: «Se para el tren. Los hombres saltan a tierra. El polvo se aprieta a sus zapatos. Aguardan las mujeres. Empiezan a descargar los bártulos. Se rompe una mesa. Chilla un perrazo. Los niños gritan. Grita el sol. El tren resopla y cuando nadie lo imagina retrocede y al hacerlo sorprende a todos, cayendo varios entre los carros. Primera contribución humana. . . En los rieles la sangre parece una caligrafía loca».

El libro comienza así: «Pampa abierta. No es posible que nada se esconda a los ojos de la muerte». . . «Y en el firmamento el sol se descompone en una carcajada llena de fuego».

A medida que vamos leyendo, comprendemos que en estas páginas está la verdad, entre torbellinos de imágenes. Una verdad y una belleza que Chile necesita.—LAUTARO YANKAS.



THE WORLD AS SPECTACLE (Una estimación estética de la filosofía), de *Gustav E. Müller*, Philosophical Library, New York.

La Estética ha contado en Europa con expositores consumados. Pero este libro, que sintetiza las enseñanzas de diez años en la Universidad de Oklahoma, y que se debe a la pluma de un suizo educado en el Viejo Mundo y está destinado a los lectores de este nuevo continente, tiene para nosotros, implícitamente, el problema de la actitud del americano frente a la herencia cultural europea.

El autor parece dar por sentado que su justificación no está en rivalizar con la perspicacia, la elevación o el rigor del método de sus predecesores, sino en la presentación de una síntesis de los fundamentos de su disciplina que guíe ese afán que